

CARLA
MONTERO

Por la autora de *La tabla esmeralda*

EL MEDALLÓN
DE FUEGO

Una antigua reliquia que marcará el curso de la Historia.

Una búsqueda trepidante por toda Europa.

Regresan los protagonistas de *La Tabla Esmeralda*.

Madrid, actualidad. Ana García-Brest, experta en arte, recibe la llamada de Martin, el joven y misterioso buscador de tesoros a quien conoció fugazmente durante la búsqueda de El Astrólogo en La Tabla Esmeralda. Han asesinado a un magnate italiano y un poderoso tesoro está en peligro: el Medallón de Hiram, una reliquia mágica que perteneció al arquitecto del templo de Salomón. Nadie conoce el paradero exacto de la pieza y Martin necesita la ayuda de Ana para encontrarla. Ambos emprenderán una trepidante búsqueda por toda Europa enfrentándose a infinidad de peligros, pues muy pronto descubrirán que ellos no son los únicos que desean hacerse con la reliquia.

Berlín, 1945. En los estertores de la Segunda Guerra Mundial, los destinos de cuatro personas están a punto de cruzarse con consecuencias imprevistas para el Medallón de Hiram: un sanguinario nazi que rastrea un Berlín en ruinas con la obsesión de hacerse con el medallón; un joven español, estudiante de arquitectura, que se ve envuelto en una intriga insospechada; un ingeniero alemán que está en el punto de mira del servicio de inteligencia ruso, y una francotiradora del ejército soviético que guarda un importante secreto.

¿Estás preparado para descubrir el secreto del Medallón de Fuego?

A quienes tienen el valor de tomar las riendas de su vida.

No escribo sobre la guerra, sino sobre el ser humano en la guerra. No escribo la historia de la guerra, sino la historia de los sentimientos.
Soy historiadora del alma.
Creo que en cada uno de nosotros hay un pedacito de historia.

SVETLANA ALEXIÉVICH

Prólogo

*Cremona,
5 de febrero de 1486*

Ni siquiera la muerte era obstáculo para Lorenzo de Médicis.

Envuelto en las sombras de la noche, temblorosas a la luz de un par de lámparas de aceite, el Magnífico avanzó unos pasos, se detuvo a los pies de la lápida y clavó la vista en la gran losa de piedra que yacía sobre el suelo del claustro del monasterio agustino. Le pareció más sencilla de lo que se esperaba. No le hubiera sorprendido encontrarse un gran cenotafio ricamente ornamentado con esculturas, columnas y capiteles, situado con honor en alguna de las capillas laterales. En cambio, la tumba apenas lucía algunos relieves vegetales en los bordes y el nombre del difunto bajo una cruz latina. Kyriacus Anconitanus.

Lorenzo no había llegado a conocer a Ciríaco de Ancona. No obstante, sabía que su abuelo Cosme de Médicis había patrocinado varias de sus expediciones por el mar Egeo y el resto del Mediterráneo oriental y había adquirido para su propia colección de antigüedades no pocas de las reliquias que el aventurero traía de tales viajes: monedas, gemas, estatuillas... No era de extrañar que Ciríaco, un hombre versado en el legado de los ancestros y los enigmas de las civilizaciones arcaicas, se hubiera llevado algún secreto a la tumba.

Una ráfaga de aire helado, cargada de polvo de nieve, se coló entre los arcos del claustro y las gruesas ropas de Lorenzo de Médicis. El florentino salió de su ensimismamiento con un ligero escalofrío y miró a su alrededor. La concurrencia lo observaba expectante, impaciente incluso ante lo clandestino de la operación y la inclemencia del tiempo.

El abad del monasterio se agitaba inquieto desde un segundo plano, como si el refugio de la oscuridad le exonerara de cualquier responsabilidad en aquel asunto, al cual se había mostrado reticente en un primer momento: lo que se le proponía era contrario a la ley divina y a la humana y él se declaraba leal tanto a Dios Nuestro Señor como a Ludovico Sforza, gobernante de Cremona. Aunque los Médicis y los Sforza se hallaban en buenos términos dentro del frágil equilibrio de poder entre los territorios italianos, no deseaba el abad ser él quien se viese involucrado en nada que pudiera enemistarlos. No obstante, el dinero de los Médicis compraba fácilmente toda clase de lealtades. El viejo, quien vestido de autoridad y culpable de morbo no había querido perderse el espectáculo, temblaba ahora bajo su capa, con su nariz de pico de pájaro colorada y enterrada entre los cuellos, quizá más presa del frío que del temor o el remordimiento.

Dos sepultureros le flanqueaban. Padre e hijo. Ceñudos y fornidos, de pocas luces y fáciles de amedrentar. También se los había comprado con unas pocas monedas y, lo que era más importante, se habían sellado sus labios con una amenaza de muerte, la cual, proviniendo del propio Lorenzo de Médicis, nadie osaría tomar a la ligera.

Completaban la partida dos hombres de confianza de Lorenzo, consejeros y amigos, cómplices en aquella empresa, sin cuyo apoyo y guía nunca hubiera emprendido: el sabio Marsilio Ficino, casi un padre para Lorenzo, y Giovanni Pico della Mirandola, un joven conde de mente inquieta y brillante, que siempre le había demostrado leal-

tad. De algún modo ellos, en su incansable búsqueda del conocimiento, le habían llevado hasta allí. Ambos se habían pasado los últimos años desgranando palabra a palabra la inmensa biblioteca de Niccolò de Niccoli, otro de los amantes de lo antiguo, uno de los mayores coleccionistas de manuscritos en griego y en latín de Europa, solo aventajado por Cosme de Médicis. Lo cierto era que tal afán le costó una fortuna a Niccoli, quien murió en la ruina. Al patriarca de los Médicis no se le escapó entonces la oportunidad que se le ofrecía: costeó las exequias de Niccoli a cambio de apropiarse de su magnífica colección de textos, la cual puso a buen recaudo en el convento dominico de San Marco en Florencia.

En ella habían hallado Marsilio y Pico el *Manuscrito del Templario*. Un legajo en hebreo arcaico que provenía de las costas del mar Muerto, según rezaban las anotaciones rubricadas por Medardo de Sens, miembro de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón, y fechadas en tiempos de la Segunda Cruzada. Con ayuda del también filósofo y humanista judío Elijah Delmédigo, habían invertido años en descifrar el asombroso contenido del manuscrito. Sin embargo, todo aquel intrigante asunto había adquirido plena relevancia con el descubrimiento de la correspondencia entre Niccolò de Niccoli y Ciríaco de Ancona.

Tras semejante travesía, Lorenzo de Médicis confiaba en que uno de los grandes secretos de la Antigüedad estuviera a punto de revelársele. Una punzada de ansiedad sacudió sus entrañas.

—¡Adelante! —ordenó con voz firme y potente.

Los sepultureros se pusieron de inmediato manos a la obra y los golpes de sus picos resonaron durante un lapso interminable entre los recovecos del claustro. Nadie movió apenas un músculo ni cruzó palabra entretanto. Alterar el descanso de los difuntos perturbaba los ánimos, la ex-

pectación enmudecía los discursos y el frío atenazaba los cuerpos.

Solo cuando la lápida se hubo desprendido y los sepultureros estaban a punto de apalancarla, exclamó el abad, inquieto:

—¡Mucho cuidado, no vaya a romperse! —Y a Lorenzo aquel prosaico clamor le pareció un insulto a la mística del momento.

El escandaloso roce de piedra contra piedra dejó al descubierto el agujero oscuro del sepulcro. Apenas hubo que excavar un par de metros de tierra hasta que apareció el ataúd. Ayudados por cuerdas, los sepultureros lo alzaron entre jadeos y resoplidos de esfuerzo; con sumo cuidado para que la madera corrompida por la humedad no se partiese, lo depositaron a ras del suelo. Lorenzo no pudo evitar aproximarse; Pico y Marsilio lo escoltaban llevados también por la curiosidad. En una esquina, el abad murmuraba salmos y oraciones con atropello.

Crujidos espeluznantes se sucedieron al retirar la cubierta. Parecía que el cofre iba a deshacerse en astillas a cada embestida de las palancas. Finalmente, la tapa quedó libre. Los sepultureros miraron a Lorenzo y este asintió con un gesto para que la retiraran.

El florentino apretaba las mandíbulas de forma casi inconsciente. No era la muerte lo que le alteraba los nervios; tantas veces la había tenido cerca que ya no le causaba aprensión. Era lo que podía hallar o, a lo peor, no hallar dentro de aquella tumba lo que le inquietaba. Y el paso del tiempo: los más de treinta años que habían transcurrido desde que Ciríaco de Ancona abrazase la tierra. ¿Cómo habría tratado la podredumbre al cuerpo ya de por sí enjuto del arqueólogo?

Los sepultureros echaron la tapa del ataúd a un lado y se apartaron para dar paso al Médicis. Lorenzo se asomó y aproximó el candil al interior de la caja. Una vaharada con un olor extraño le golpeó el rostro. No resultaba un tufo

repugnante. Se asemejaba al del cuero viejo y el moho, al que desprenden los baúles largo tiempo cerrados. Sin embargo, algo en él lo hacía particular: se trataba sin duda del olor de la muerte. Los cuervos del patio graznaron cual si portasen alguna clase de advertencia, que Lorenzo desoyó. Con cautela extendió la mano enguantada para retirar del cadáver el sudario de tela de yute, frágil y quebradizo al tacto.

Ciríaco de Ancona era ahora un cráneo cubierto de manchas oscuras y una pelusa mohosa, aún tocado con la cofia roja de fieltro. Las grandes cavidades de los ojos y la nariz y la mandíbula desdentada y descolgada dotaban de una insólita expresión a su calavera polvorienta, entre cómica y espantosa. Al tenerlo por fin delante, a Lorenzo le acometió la extraña sensación de estar contemplando su propio e inexorable futuro. Aquello le provocó un estremecimiento que se afanó por disimular.

—Yo soy el que resucita a los muertos del inframundo — declamó en latín Marsilio Ficino a su espalda, parafraseando al difunto.

Aquella máxima, que parecía pronunciada de forma intempestiva, casi resultaba irónica en semejante contexto, pero Lorenzo comprendió que era una manera de traer a colación el propósito de aquella empresa nada grata.

Tras mucho investigar su correspondencia, Ficino sostenía que Ciríaco de Ancona había pertenecido a una fraternidad, una secta neopagana y esotérica, fundada en la localidad griega de Mistra por Jorge Gemisto, llamado Pletón, el gran erudito y filósofo que tanto había inspirado al propio Marsilio a la hora de fundar la Academia Neoplatónica en Florencia, bajo patrocinio de los Médicis. Se rumoreaba que en la fraternidad de Mistra solo unos pocos iniciados profundizaban en el conocimiento de lo arcano: la cábala, la alquimia, el hermetismo, el más allá y la eternidad del mundo... ¿Qué sabiduría habría llegado a adquirir Ciríaco para llevarle a hacer tal afirmación? ¿Qué poder poseía?

La respuesta quizá se hallase en el rompecabezas que Lorenzo de Médicis, Pico della Mirandola y Marsilio Ficino habían ido componiendo con el *Manuscrito del Templario*, la correspondencia entre el de Ancona y Niccolò de Niccoli y lo que los había llevado a exhumar aquel cadáver.

Lorenzo pasó el candil a Pico della Mirandola y se agachó junto al ataúd. De un primer vistazo, no encontró lo que buscaba o, en todo caso, lo que creía estar buscando.

—¿Puedes verlo? Tal vez se oculte entre sus ropajes — apuntó el joven conde en un susurro. Por el tono de sus palabras se podía intuir que no querría ser él quien tuviese que hurgar en las entrañas de aquella tumba.

Lorenzo recorrió con la vista la amalgama de telas polvorientas: el sudario, la hopalanda de terciopelo rojo con bordados de hilo de oro, el cuello amarillento de la camisa de lino... Las manos del cadáver reposaban cruzadas sobre ellas. Una sortija con sello había resbalado hasta detenerse en el hueso del nudillo. Palpó con cuidado las vestiduras flácidas y arrugadas y sintió la osamenta por debajo. Llevó los dedos hasta la botonadura y tiró ligeramente con la intención de soltarla, mas la tela pasada cedió antes que los botones. También abrió la camisa hasta que quedaron al descubierto el esternón y las costillas, perfectamente ordenadas.

—Dame más luz —pidió.

Con el candil cerca, Lorenzo exploró las sombras y los recovecos. Y, entonces, descubrió un fino cordel entre los huesos. Al tirar de él asomó de debajo de una de las costillas parte de un objeto redondo y romo. Lorenzo lo alcanzó y lo extrajo con tanta aprensión como cuidado; no obstante, algunos despojos se desplazaron con un bufido de polvo y un espeluznante crujido que pareció retumbar en el silencio del claustro. Como si hubiera cobrado vida de repente, el cráneo del cadáver se ladeó y su mandíbula se separó de él. Un respingo generalizado sacudió a los presentes.

—¡Ave María Purísima! —exclamó el abad, llevado por el terror.

Incluso Giovanni Pico emitió un pequeño grito y a punto estuvo de dejar caer el candil.

Con un suspiro, Lorenzo se repuso del sobresalto y lanzó una mirada reprobatoria a aquellos que se lo habían causado con su falta de temple. Abrió el puño que por instinto había cerrado y contempló el objeto entre sus manos mientras le limpiaba el polvo con la yema de los dedos. Enseguida se vislumbró el brillo verdoso de la gema y el relieve de una talla de lo que parecía un dragón. Lo circundaban unos símbolos o una escritura que no reconoció.

Lorenzo de Médicis alzó la cabeza y sus ojos chocaron con los de Marsilio Ficino, quien también lo miraba por encima de su hombro. No pudo evitar sonreír.

—Lo tenemos —afirmó triunfante—. Maldita sea, Ciríaco Pizzicolti, te lo habías llevado a la tumba, viejo zorro, pero lo tenemos. ¡Tenemos el Medallón de Fuego!

Y su mentor, presa del mismo gozo, le devolvió la sonrisa.

*Ekaterimburgo,
17 de julio de 1918*

Grigori Nikulin puso en pie un vaso vencido, acercó la botella de vodka y se sirvió una generosa cantidad que apuró de un solo trago. Él no era bebedor, no al menos como lo eran la mayoría de sus camaradas, quienes el día de paga podían emborracharse hasta el desmayo. Grigori se consideraba a sí mismo un hombre sensato pese a contar con solo veintitrés años. El hijo del ladrillero de Kiev sabía que para prosperar era mejor permanecer siempre sobrio, atento, controlando la situación.

Sin embargo, en aquel instante, necesitaba ese trago. Cualquier cosa que infundiese algo de ánimo y ardor tan-

to a su cuerpo como a su espíritu. Se sentía agotado después de toda la noche en vela, deprimido después de cuanto había presenciado. «Es el precio de la revolución – se repetía–. Los tiranos nos han obligado a hacerlo».

El ambiente era bochornoso en aquella sala. Fuera, el verano se mostraba en su pleno esplendor, el clima se había tornado agradable tras el crudo invierno, el jardín florecía, el aire fluía limpio y fragante; y, sin embargo, ni una pizca del ambiente estival entraba por las ventanas selladas con tablones de aquella casa prisión. Todo allí resultaba oscuro: los muebles ostentosos, las pesadas lámparas, el papel de las paredes, los densos cortinajes... Todo allí resultaba asfixiante y desprovisto de color.

Se frotó los ojos y volvió a concentrar la vista en las joyas que se extendían sobre la mesa, algunas en sus estuches, otras esparcidas sobre unas telas. Diamantes, zafiros, rubíes, esmeraldas, perlas... Su brillo en aquel ambiente lúgubre parecía fuera de lugar. Muchas de ellas habían caído durante el tiroteo; qué ingenuos habían sido pretendiendo ocultarlas pegadas a sus cuerpos, creyendo que así estarían a salvo. Aquello no era más que una mínima fracción de la inmensa riqueza que habían atesorado los Románov a costa del hambre y las calamidades de su pueblo, se recordaba Grigori al tiempo que, una a una, las iba clasificando y guardando en cajas. El camarada Medvedev le ayudaba en la tarea. Ambos en silencio, sin mirarse siquiera a la cara; taciturnos.

Dos de los guardias lituanos que habían participado en la ejecución resoplaban en una esquina, sobre los camastros de las grandes duquesas que ellos mismos habían subido desde el primer piso. Se negaban a dormir abajo; la terrible escena era demasiado reciente hasta para las almas más despiadadas. Grigori no podía culparlos.

Joy, el otrora alegre spaniel del *zarévich*, se había tumbado en el suelo, junto a la puerta cerrada que conducía a las habitaciones de la familia. De cuando en cuando, ge-

mía. Y, al menor ruido, alzaba las orejas con un atisbo de esperanza. Aunque ya no se escuchaba nada al otro lado de aquella puerta; ni pasos, ni voces, ni risas. Lo único que de los Románov quedaba en la casa Ipátiev era el olor de su sangre. No importaba que el propio Medvedev, los lituanos y un par de guardias rusos más hubieran frotado durante horas con cepillos, trapos y arena el cuarto donde había tenido lugar la ejecución. El tufo lo impregnaba todo. Se metía hasta el cerebro, metálico y pegajoso. También el de la pólvora.

Aquel olor hacía imposible deshacerse de las imágenes. No, Grigori Nikulin no había querido dormir porque si cerraba los ojos...

No se tenía por un pusilánime. Su nombre de revolucionario era *Akulov*, tiburón. El animal astuto y sanguinario. Y no era la primera vez que mataba. Hacía tan solo una semana que había liquidado de un certero disparo en la cabeza al príncipe Dolgorukov. Se trataba de hacer justicia. Ejecutar la pena por haber conspirado para ayudar a escapar a los Románov. No le había temblado el pulso.

Pero la ejecución en la que acababa de tomar parte era otra cosa. «Por orden del Sóviet de los Urales hay que matar al zar», le habían informado. Así sea. El zar es el enemigo del pueblo.

Sin embargo, cuando de madrugada había entrado en aquel cuartucho claustrofóbico y había contemplado la escena, todos dispuestos como para una fotografía: las grandes duquesas, tan jóvenes y bellas; la zarina, sentada a causa de los dolores que le impedían permanecer en pie; también el *zarévich*, tan solo un niño, débil y enfermo; la doncella, el lacayo, el cocinero y el médico... ¿Acaso eran ellos los enemigos del pueblo?

Había convivido con los Románov en la casa Ipátiev. Desde un primer momento, se había encargado de custodiar sus joyas. La familia se quejaba de que los anteriores guardias les robaban. «Tú pareces un hombre decente», le

había dicho la zarina con amabilidad. Pero el hombre decente, en realidad, no hacía más que confiscar todos sus objetos de valor; ahora pertenecían al pueblo. Las chicas eran alegres, solían cantar. Les había dejado que se quedasen con unas pulseritas de oro que sus padres les habían regalado cuando eran niñas. Al *zarévich* le permitió conservar el reloj; ver pasar las horas era una de las pocas distracciones de aquel chaval enfermo. Grigori maldecía en silencio cada vez que se sorprendía apiadado de aquel muchacho que a veces le recordaba demasiado a sí mismo. El joven delgado y larguirucho que era en ese momento había sido también un crío enclenque y enfermo.

Ya nada de eso tenía sentido. Todos estaban muertos. El tiroteo salvaje aún le resonaba en los oídos. Doce hombres ebrios de violencia habían vaciado los cargadores de sus armas contra la familia y sus sirvientes, tan pegados unos a otros en el pelotón de ejecución, que a Grigori le escocía una quemadura en la nuca producida por las deflagraciones de las armas de sus camaradas. Los gritos entre los ajusticiados se habían sucedido, también los intentos por protegerse de las balas, inútiles en aquella habitación cerrada y diminuta. Él había apuntado al *zarévich*. Yurovski le había ordenado que matase al niño y él no quiso decepcionar a su comandante. Intentó hacerlo de un solo disparo pero el crío sobrevivió. Lo vio yacer en un charco de sangre junto a los cuerpos de sus padres y hermanas mientras alzaba un brazo suplicante entre el humo que nublabla toda la estancia. Grigori lo remató con un par de disparos y, en tanto los demás la emprendían a cuchilladas de bayoneta con los supervivientes, había abandonado aquel lugar, asqueado.

Grigori Nikulin fijó la vista en una sortija entre sus dedos. Un zafiro del tamaño de una uña brillaba en el centro. Semejante joya hubiera bastado para alimentar a toda una aldea durante varios meses. La metió en una bolsa junto con otras.

Los tiranos los habían obligado a hacerlo.

Más de dos días tardó el comandante Yurovski en regresar a la casa Ipátiev. Entró por la puerta demacrado a causa del agotamiento, aunque la tensión aún le infundía vigor. Cruzó la estancia como una ráfaga de viento, espabilando con sus gritos a los que allí aguardaban en apatía.

—¡Arriba, camaradas! ¡Los de la Legión Checa están a pocas verstas de la ciudad! ¡En nada se nos habrá echado encima el Ejército Blanco! ¡Recogedlo todo! ¡Hay que salir de aquí!

Grigori Nikulin lo llevó aparte.

—¿Qué hicisteis con los cuerpos, camarada comandante?

Yurovski se quitó la gorra y se secó con ella el sudor de la frente mientras bufaba.

—Ha sido una odisea. Los llevamos hasta la vieja mina de oro. El camión no hacía más que quedarse atrancado en el maldito barro del bosque. Ya estaba amaneciendo cuando conseguimos llegar. Allí, los desnudamos, quemamos la ropa y los hundimos en un pozo que está anegado. Tiré un par de granadas dentro para borrar el rastro con la explosión. Pero los descerebrados de la fábrica, esos tipejos que llevó Ermakov para ayudarnos, se fueron de la lengua y esa misma mañana toda la aldea lo sabía, ¡me cagüen todo! Así que tuvimos que sacarlos del fondo del pozo y llevarlos a otro sitio; decían que había una mina aún más profunda a unas cuantas verstas de allí. El camión ya estaba inservible, pero me hice con un par de vehículos. Tampoco hubo forma de que avanzasen por el bosque. Al final, hubo que transportarlos en carros y camillas que tuvimos que improvisar con las lonas que los cubrían y unas cuantas ramas de árbol. Pero la condenada mina no aparecía por ningún lado. ¡De pronto todos habían olvidado dónde cojones estaba! Dije: «Está bien, ya no los pa-